

P.- Bien, ¿ya estás preparada para otra tanda de contundentes palabras?

Z.- Por supuesto. Sarna con gusto no pica y, además de ser mi padre, no eres el policía del maestro siempre dispuesto a controlar y cazar en falta a cualquier estudiante.

P.- Te había dicho que el hombre descubrió la posibilidad de “amaestrar” algunos sonidos para obligarles a decir algunas cosas.

Z.- Sí, lo recuerdo.

P.- Así tenemos “chapotear”, que es una expresión “natural” pues los charcos se dan en la naturaleza. Sin embargo, una campana “tintinea” porque el hombre fabrica campanas y éstas suenan con un sonido creado hasta entonces inexistente.

Z.- Queda claro.

P.- Pues bien, a ese sonido de las campanas, como es creado, puede atribuirse más sentidos que a “chapotear”, mera expresión imitativa de una acción. Antaño, cuando había moros en la costa, el centinela encima de una atalaya tocaba “a rebato” (de aquí viene “arrebatar”). Un uso curioso de las campanas nos lo cuenta el escritor Gabriel García Márquez: el párroco del pueblo hacía tañer las campanas de modo diverso según la calificación moral de las películas dadas en el cine. A esa sustancia se le llama “moralina”.

Z.- Unos sonidos ligados con unos sentidos. Supongo que los primeros pertenecen más a la física y los otros al lenguaje.

P.- Siempre y cuando no olvides que no hay lenguaje oral sin las voces correspondientes. No hay significado sin un significante

(¡Ufff, ya salió Saussure, perdona). Además, ten presente, insisto, que los vocablos empleados al hablar, como el ruido de las campanas, son creaciones humanas que no se hallan en la naturaleza como el canto del ruiseñor.

Z.- Ahora recuerdo que dijiste una cosa que me sorprendió: los hombres y las mujeres hablamos con diferentes cualidades de sonido pero nos comunicamos siempre en la misma lengua.

P.- Y lo mismo podemos decir del tono personal que distingue a las personas, o bien del habla regional que delata la procedencia. Los sonidos pueden ser distintos aunque ello no tenga relevancia en el lenguaje.

Z.- ¿Puedes explicarlo mejor?

P.- Pronuncia “casa” y “mismo”. Aguza ahora el oído como si fueses un perro cazador: ¿te parece que las dos s suenan igual?

Z.- Creo que la s de *mismo* es un poco más sibilante.

P.- Cierto. La s final de la sílaba se contagia de la sonoridad de la m que sigue. En *casa* tenemos una s sorda y en *mismo* una s sonora. Pero en español nos es completamente indiferente. No pasa así en francés: “poisson”, con s sorda, es “pescado” y “poison”, con s sonora, es “veneno”.

Z.- Vale, mañana más.

## 2

P.- Algunos subestiman las onomatopeyas como punto de arranque del lenguaje afirmando que solamente se reducen a un mínimo porcentaje del idioma. Esto sería como decir que el tronco no procede de la semilla porque es mucho más grande. Ahora bien, una vez “sembrado” un punto de partida en la mente, la

lengua queda libre de su origen primero volando hacia no se sabe dónde.

Z.- ¿Juegan algún papel las metáforas en esta dispersión de las raíces desde este nacimiento?

P.- Debes tener antes presente que estamos hablando solamente de – hagamos concesión al tópico -“la noche de los tiempos”. Las lenguas más antiguas conocidas, separadas por miles de años de los rudimentos iniciales del lenguaje, cuentan ya con más recursos para crear palabras que la simple imitación de sonidos naturales.

Z.- No me has respondido.

P.- Sí, la metáfora junta realidades, pero al mismo tiempo las confunde. La metáfora es una de las grandes causantes del enmarañamiento de la lengua cuando se borran los términos sujetos a comparación.

Z.- ¿Puedes ponerme algún ejemplo?

P.- Fíjate en este dibujo:



Z.- Ya lo veo.

P.- ¿Pero qué ves? ¿Un rayo con relámpagos? ¿Un río con sus afluentes? Estamos ante una imagen ambigua. Una metáfora “visual” diría que “el relámpago es un río celeste”. Pero vayamos ahora al lenguaje. En latín, río se dice “flumen” y el rayo se llama “fulmen”. ¿Casualidad? ¿Y cuál es el nombre del que deriva el otro? Los hombres contemplan desde los primeros tiempos las tormentas eléctricas, pero también los clanes nómadas se desplazan siguiendo el curso de los ríos para procurarse bebida para ellos y las bestias. Ahora bien, la representación del recorrido del río en un mapa es posterior. No existe una cartografía prehistórica.

Z.- Esa imagen me ha fulminado con su fulgor.

P.- Veo que vas aprendiendo a indagar por tu cuenta más que a memorizar. Tenemos, pues, que en latín el *rayo* y el *río* (esos caminos andantes, según Pascal) parten de un mismo radical. De esa misma raíz verbal nos viene “flama” o “llama”. No hace falta

(¿por qué te lo digo entonces?) establecer la conexión entre la *llama* y el *rayo*.

Z.- ¿Y todo eso sale de la onomatopeya “flu-“señalando el sonido del agua que fluye?

P.- Algunos lingüistas importantes han negado que “fluvial” sea una onomatopeya. Pero hay tenemos “plu-via” o “lluvia”, o bien “glú-glú”, y en cuanto al carácter sonoro de “fl-“ tenemos “flauta”.

Z.- Me parece que las metáforas son unas armas que carga el diablo. Nunca sabemos hacia donde disparan en realidad.

P.- Algo hay de eso. Pero veamos: si te digo que “los murciélagos son los bigotes de la noche” ¿tomarás esta metáfora como la anterior?

Z.- Esta metáfora me parece literaria mientras que la otra la veo como una metáfora del lenguaje.

P.- Así es, pero lo que yo quiero decirte es una cosa: el hombre prehistórico “poetiza” la realidad. ¿Se ven rayos en el monte? Luego el dios *Vulcano* los fabrica en un *volcán* para entregarlos a Júpiter que truena.

Z.- Podemos dejarlo aquí.

### 3

P. - Quiero comenzar haciéndote una pregunta: ¿qué parte de la oración crees que aparece primero?

Z.- Yo soy la discípula.

P.- ¡Touché! Veamos: para responder a esta cuestión debemos proceder por descarte. ¿Tiene algún sentido decir aisladamente

“los”, “desde”, “aunque”? Y si decimos “grande” se entiende que está dicho de algo grande y al decir “rápido” pensamos en una cosa que tiene cierta velocidad.

Z.- Así es.

P.- Todas esas partes solamente existen para establecer relaciones entre los nombre y los verbos, los auténticos núcleos de una lengua. Todo lo demás son complementos igual que los bolsos, cinturones y corbatas en relación a la vestimenta.

Z.- ¿Y quién fue antes: el huevo o la gallina?

P.- Cualquier verbo que digamos tiene que hacer mención necesariamente a un sujeto que realiza la acción. Quien come es el perro, el gato o Torcuato. Y si decimos “llueve”, para nosotros impersonal, el pensamiento antropomórfico del primitivo dirá “el dios del cielo trae lluvia”.

Z.- O dicho de otra manera: únicamente el sustantivo vive de su propia esencia sin que le haga falta nada más.

P.- Eso es. Ahora bien, la unión del nombre con el verbo es tan estrecha que en muchas ocasiones podemos sacar del uno el otro. De “calle” tenemos “callejear”; de “vaso, envasar”; de “gato, gatear”, etc. Hasta cuando no existe el verbo correspondiente en la lengua podemos crearlo. Cierta empresa (no digo nombre) hizo una campaña de publicidad que decía: “neveras Favor, favorízate”.

Z.- También se puede decir “el reír es sano” por “la risa es sana”.

P.- Cierto. Mira qué pasa en un supermercado: los empleados sirven como cajeros, reponen los estantes de comida y la reparten a los domicilios. Un sistema es más eficaz en la medida en que es dinámico, todas las piezas son intercambiables.

Z.- ¿Pero no es más útil la especialización?

P.- Sí, hasta cierto punto. ¿Qué pasaría si acudiese a un hospital un hombre con un infarto de miocardio y fuese preciso esperar la llegada del cardiólogo. Si falla una pieza la máquina no puede detenerse.

Z.- Hay más casos de esos “chicos para todo”.

P.- La palma se la llevan los adjetivos. Podemos decir: “el poblado” (sustantivo); “han poblado” (participio verbal) y “país poblado” (aquí sí, adjetivo).

Z.- Hemos visto que anteponer al infinitivo el artículo “el” nos da un nombre. “El vestir bien”, por “la buena vestimenta”. Pero observo que esto es posible sólo con un artículo masculino singular. También podemos decir “un callar a tiempo vale mucho”. Ahora bien, no me parece que esos “el” y “un” sean artículos, a menos que por debajo del verbo entendamos el nombre adecuado.

P.- Así me parece a mí. Y aquí hemos topado con el artículo, aunque no sea en “artículo mortis”. Te he dicho que decimos “el agua”, “el águila” para evitar el mal sonido resultante de la conjunción de las aes. Y la misma razón existe para los artículos contractos “al” y “del”.

Z.- Te sigo.

P.- Pues bien, si aquí la fonética es determinante, ¿por qué decimos “la antigua”, “la abuela”, “punto de encuentro” siendo así que no suenan las dos vocales separadas? Ni siquiera hacemos una vocal alargada pues las fusionamos en una única sílaba. En estos casos otras lenguas como el catalán acuden al apóstrofo (l'abuela, etc.).

Z.- Veo aquí una contradicción.

P.- La lengua está llena de ellas porque actúan en su interior varias tendencias opuestas. Los “dómines” de la escuela, que *dominan* y se *adueñan* de la ortografía, establecen las normas del buen decir y del buen escribir. Una veces aciertan, otras fallan.

Z.- ¿Quieren decir lo mismo “dominar” y “adueñarse”?

P.- Estas palabras son la misma, pero una conserva la forma latina pues los cultos la han guardado en las neveras de los diccionarios, y, la otra, es la pronunciación romance que evoluciona en la calle y en las bocas (la transformación de o, en ue, etc., son cosas que no te interesan aquí en este momento). Hay muchos dobles: “multitud” frente a “muchedumbre”; “superficie” y “sobrefaz”, etc.

Z.- Se me ocurre una objeción: tú me has dicho que las lenguas tienden a ser sistemas racionales, económicos. ¿No es un despilfarro verbal y una sobrecarga mantener esa duplicidad?

P.- Tú te has respondido: “duplo” es “doble”. Cuando un escritor debe decir muchas veces un nombre, acude entonces a los sinónimos. Éstos dan al texto una variedad agradable, evitan la monotonía (claro está que a veces se usa la repetición por motivos estéticos: “tonto, tonto y retonto”). Pero hay también otra razón importante.

Z.- ¿Cuál es?

P.- La sinonimia nunca es absolutamente perfecta. Cada término posee un matiz distinto que no tiene su pareja. Así “sobaco” se considera más vulgar y, por ello, se habla de cena “de sobaquillo” cuando el bocadillo se lleva bajo el brazo (cada niño viene con su pan bajo el brazo). Y “axila”, es decir, “eje”, pues es el eje en que gira el brazo, viene de una voz griega. Los médicos han llenado el cesto de su vocabulario con voces helenas. Este abolengo les da su prestigio. Ninguna mujer, so pena de pasar por vulgar, diría que se “depila los sobacos”. Y un “oftalmólogo” (griego) se consideraría degradado, por razones ocultas, si le llamasen “oculista” (latín).



Z.- Y si algunas palabras quieren decir lo mismo, también habrá otras que significan todo lo contrario.

P.- Estas son los “antónimos”, verdaderos boxeadores de la lengua. Sin embargo, estos enemigos jurados pueden juntarse algunas veces en un abrazo contradictorio: “agridulce”, “tragicómico”, “duermevela”. O, con fines literarios, como en los versos de Quevedo: “hielo abrasador”, “fuego helado”.

Z.- No sé si es el lenguaje quien no razona o si es la razón la que no se expresa.

P.- Te he hecho ver que varias palabras, como “asno, burro y pollino” tienen un mismo sentido. Si esto es un gasto que vale la pena, también queda compensado por el hecho de que algunas palabras tengan “pluriempleo”.

Z.- Ya lo sé, son voces polisémicas, como cuando decimos “luna”, satélite, y “luna”, escaparate.

P.- Y todavía podríamos hablar de voces “semi-polisémicas” (¡qué amasijo de prefijos!) como “bueno, en el buen sentido de la palabra”; esto es “bueno y tonto”. Aquí se daría un deslizamiento del sentido original.

Z.- Llamar “bonachón” al “tontorrón” es un eufemismo ¿no?

P.- Sí, estas expresiones se usan para eludir realidades desagradables con un envoltorio presentable. Te contaré un caso más interesante que eso de “se fue al otro barrio” para decir el burlesco que “estiró la pata” (el hombre, como teme a la muerte, se ríe de ella para ocultarse).

Z. “Ardo en ascuas”, para usar uno de esos tópicos que me regañas por emplear.

P.- Espera hasta otro día.

P.- La mano derecha es la diestra, la izquierda es la torpe, la que no posee ni destreza ni habilidad. El zurdo es una rareza que antaño no siempre se miraba con muy buenos ojos. ¿Es un brujo? La palabra latina que señala la izquierda nos da también “siniestro”.

Z.- Espero que no saques conclusiones políticas.

P.- Por supuesto que no. Y para evitar ese pájaro de mal agüero se acude a otra lengua, la raíz vasca .”ezker” que da “izquierda” en nuestra lengua y “esquerda” en catalán y gallego. Asimismo el francés “gauche” vuelve la cara hacia esa palabra casi maldita. Solamente se conserva “sinestra” en italiano pues esta lengua es la más conservadora debido a que es el centro del latín imperial.

Z.- Y si de bueno pasamos directamente a “tonto”... ¿Qué clase de palabras son los insultos?

P.- La voz “insulto” se emparenta con “exaltar”. Quien insulta “salta”, con el verbo o el puño cerrado, encima de la persona insultada. Cada lengua tiene sus insultos preferidos. Dime cómo insultas y te diré quién eres.

Z.- ¿Qué insulto es el más extendido entre nosotros?

P.- Pues probablemente sea llamar a alguien “hijo(de)puta”. Esta palabra (las tres se funden en una) tiene un sentido claro. Sin embargo, por debajo de esa evidencia podemos rascar algo el barniz.

Z.- Me parece que no tardarás mucho a sacar el papel de lija.

P.- En la época de Cervantes (que está más cercana que los tiempos de María Castaña) los españoles tenían la obsesión de la

“limpieza de sangre”. Era necesario probar que se era cristiano viejo, de un linaje sin mancha de antepasados judíos. El “hidalgo” o “hijo de algo” (algo significa aquí bienes de fortuna) tiene unos padres conocidos; el hijodeputa o hideputa es de “padre desconocido”. “Yo soy hidalgo.- Tú lo que eres es un hijo de puta”. El insulto y las ínfulas de nobleza se enlazan en la mente del hablante.

Z.- Si blanco es el antónimo de negro, lo contrario del insulto será el elogio.

P.- Elogio, panegírico, loa, alabanza...Ahí tienes toda una batería de sinónimos para tu disposición. Una clase especial de elogios es el “piropo”, alabanza a las mujeres que está en peligro de extinción (para bien dirán las feministas).

Z.- A mí no me gusta los piropos, más aún si son groseros.

P.- El vocablo “piropo” es familia de la “pirita” con que el “pirómano” enciende el fuego. El piropo ruboriza, enrojece como el color del rubí.

Z.- Yo supongo que algunos piropos dan la vuelta a los insultos.

P.- Si antes hablábamos de “hijoputa”, el contrario será “bendita la madre que te parió”. Y como los piropos suelen ser dichos por la clase baja, ahí tenemos el verbo *parir* que queda mucho mejor, más a tono, que *alumbrar*. La mayor parte de las veces los piropos son frases hechas sin ninguna originalidad. Pero los *piropeadores* que no son adocenados y guardan la decencia debida, pueden esperar recibir como premio una sonrisa.

Z.- Sí, si guardan la decencia debida; pero muchas veces caen en la grosería.

P.- Ahí tienes otra metáfora del lenguaje. ¿Pueden ser las palabras «gruesas»? ¿Y por qué ese adjetivo en vez de otros como

«sucias»? No todas son obscenas pues no siempre hacen alusiones impúdicas al sexo.

Z.- ¿Qué razones hallas para llamarlas «groseras»?

P.- La palabra «delgado» es la forma romance del vocablo latino «delicado». Las manos de pianista no son las manos de un labriego ni los dedos finos pueden compararse a los dedos tocones. Velázquez no pinta con brocha gorda. Tal es quizás el motivo.

Z.- Otra forma de llamar a las palabras groseras es «palabrotas».

P.- Sí, pero ese aumentativo contradice la expresión «grandes palabras»; éstas nos hacen pensar en ideales como la libertad y la justicia, mientras que las «palabrotas» nos llevan hacia el trastero de la vida humana.

Z.- ¿Cada pueblo tiene sus propias palabras groseras?

P.- En cualquier caso, no las usa con la misma frecuencia. Nosotros no decimos constantemente «mierda» como los franceses, incluso cultos. Claro está que tenemos en la boca el «coño» igual que nuestros vecinos. A veces decir una grosería en otra lengua le resta ese carácter vulgar. Un castellano que dice «collons» le sonará mejor que cojones». Sin embargo, cuando una persona está verdaderamente enfadada le salen las groserías en su lengua nativa, en el fondo de su memoria verbal. Por otro lado, se pretende quitar hierro a las groserías mediante una variación que las haga inofensivas: «caray» será el carajo o pene; «ostris», será hostia y alguien estará hasta el «moño».

Z.- Una vez escuche a unos árabes hablando en su propia lengua. Por supuesto, yo no entendía nada. Sin embargo, de vez en cuando la conversación estaba salpicada de cuñas comprensibles que decían: «ijaputa»...ijaputa».

P.- He aquí un caso de una grosería introducida en la lengua de los inmigrantes magrebíes. Un caso inverso (solo parcialmente) se produce cuando el nombre árabe «fulana» se naturaliza en castellano. En principio, «fulana» (también existe «fulano») quiere decir «una cualquiera», de ahí a «mujer pública», prostituta.

Z.- Bien, acabemos aquí porque ya estoy hasta el c...

P.- Me acabas de hacer ver que las palabrotas no solamente se agarran con la pinza de las «comillas» para no mancharse sino que también pueden escribirse con la primera letra seguida de puntos suspensivos, y que sea el lector quien se ensucie.

## 5

P.- Menos grave que las palabras groseras, pero asimismo bastante desagradable es el abuso de esas muletillas o muletillas de las que se sirven los inválidos de la lengua. Esos «tíos» y «tías» jalonando cada frase chirrían en los oídos de los que creen que la lengua no está para darle varapalos.

Z.- También tú, cuando usas «bueno» o «bien», para comenzar a hablar, caes en el mismo defecto que censuras.

P.- Bueno, bueno, con que esas tenemos. Me has salido respondona. Cuando digo «bueno» al comienzo de tomar la palabra pretendo hacer una corta cesura que haga menos brusca la oración siguiente. Pero las verdaderas muletillas son molestas e inútiles chinchetas lanzadas en medio del discurso.

Z.- Comienzas a ser más guardián que docente. ¿Hay más cosas que te disgustan?

P.- Sí, el uso de la preposición “super” para convertir a los adjetivos y adverbios en superlativos. Se escucha constantemente eso de “super-simpático”, “super-guapo”, “super-lento” (para no

hablar de los “mega-injustos”, etc.). Ciertamente, el sufijo “ísimo” está en incipiente retirada y los Generalísimos, pobrísimos e inteligentísimos, nos parecen algo casi pasado de moda, o a punto de serlo. Pero entre una palabra decadente y el descaro juvenil de los “super” (válido sólo para supermercados) se halla una posición intermedia: Ni “buenísimo” ni “super-bueno”, sino “muy” bueno. Ni para ti ni para mí.

Z.- He observado que mi tío (este sí, el carnal, sin muletilla) pronuncia “muchismo”.

P.- Esta pérdida de la vocal posterior a la tónica ya existe en el paso del latín al romance. Se diría que la fuerza de la vocal acentuada, como tirando de la cuerda”, la saca fuera del terreno.

Z.- ¿Y existe alguna repercusión en la lengua?

P.- Se me ocurre la palabra “buenismo” con la que se designa la creencia en que “todo el mundo es bueno” y nacemos bondadosos pero la sociedad nos corrompe. Si recuerdas aquello de “bueno en el buen sentido de la palabra” te darás cuenta de que el buenismo es también “tontismo”.

Z.- Eso del “buenismo” es una palabra nueva, reciente. ¿Qué opinión tienes de esas voces en pañales.

P.- Bueno (sufre lo que me afeas), me parece que debemos rehuir dos peligros, evitar a Escila y Caribdis (¡toma ya cultura!). En primer lugar, la actitud del aduanero que abre receloso todas las maletas para encontrar algún vocablo introducido como contrabando; y, por otra parte, escapar también del afán de estar “a la dernière page”, a la última. Si el neologismo es necesario, pues bueno sea.

Z.- Has dicho antes una expresión francesa. ¿Era para presumir?

P.- He utilizado una expresión extranjera que únicamente conocen aquellos que saben hablar francés. Sin embargo, nuestra

lengua está llena igualmente de muchos galicismos (también italianismos) que nos pasan desapercibidos pues hoy parecen nativos. ¿No decimos “cofre” y “corsé” como si estas voces se hallasen ya en el Poema del Cid?. Claro está que para los castizos del siglo ilustrado estos barbarismos les producía alguna basca.

Z.- Pero habría alguna resistencia para instalarse...

P.- Los extranjerismos son tan necesarios como el comercio internacional. Una voz extranjera se introduce en una lengua cuando no tiene competencia, no llena ningún vacío semántico. ¿Para qué vamos a decir *Killer* si tenemos “asesino” y “homicida”. Ahora bien, antes de adoptar la nacionalidad tiene que pasar un examen: superar la fonética española, adaptarse a ella. Aquí he tenido una de esas experiencias que nos hacen ser más humildes a los que carecemos de tal virtud.

Z.- ¿Puedo saber cuál?

P.- En Venezuela existen muchas palabras que comienzan con “gua”: “Guarenas”, “guajiro”, “la Guaira”, “Guaicuaipuro”. Pues bien, yo pensé que “guachimán”, cuyo sentido es vigilante, era una voz indígena. Pero sufrí el ridículo cuando me percaté que era la adaptación al español del inglés “watchman”, el hombre que observa.

Z.- ¡Menuda metedura de pata!

P.- Sí, pero al menos es un error individual; peor es todavía una equivocación colectiva. Los valencianos dicen “curasan” sin entender lo que dicen. El castellano “croissant” conserva el nombre francés cuyo sentido es “creciente”. Los reposteros de Viena, para celebrar el final del sitio de la ciudad por los turcos, crearon un pastel en forma de la luna, el símbolo de los musulmanes así como la cruz lo es de los cristianos.

Z.- Pero también habrás tenido algún minúsculo triunfo, el descubrimiento personal del mediterráneo, tan viejo, surcado y conocido desde Algeciras a Estambul

P.- Hurga en la herida, pero no estás equivocada. Yo llegué por mí mismo a la convicción de que el inglés “lunch” es nuestro castellano “lonja” o “loncha”, que pasa a las islas británicas y después vuelve a casa, vuelve, pero no por navidad.

Z.- Veo que es complicada la relación entre las lenguas.

P.- Así es. El próximo día hablaremos sobre el arte u oficio de la traducción.

## 6

P.- En el caso citado antes del *croissant* nos encontramos con un doble fracaso de la traducción: el primero, la nula comprensión del texto extranjero; y, por otra parte, la derrota del traductor al deber mantener, quieras o no, la forma original, pues “creciente” no tiene sentido en dicho contexto (claro está que podría aceptarse como polisemia convertido en sustantivo verbal).

Z. - ¿Qué hacer entonces?

P.- El traductor acude habitualmente a una nota explicativa, de tamaño de la letra más pequeño para dejar ver que el sacristán tiene menor importancia que el sacerdote. Estas notas suelen ir a pie de página ya que si se ponen al final casi nadie las lee. Eso pasa cuando nos levantamos al terminar la película sin preocuparnos de los nombres de guionistas, realizadores, etc.

Z.- Ciertamente eso es una injusticia, pues el guionista tiene mucha parte en el recibimiento que se da a la película por el público.



P.- Pues lo mismo pasa en la traducción de una novela o de una película extranjera. Suele decirse “traductor, traidor”, pero, más allá del juego de palabras, yo diría más bien “traductor, héroe”.

Z.- Ya te veo combatiendo con el arma de los diccionarios transformados en tanques.

P.- ¡Haya paz! Sin embargo, la faena con la que nos *hemos* es peligrosa. Nadie nos alaba en el acierto, pero todos nos censuran en el error.

Z.- En otro lugar me habías hablado de la disputa entre los filósofos románticos y sus predecesores los ilustrados. Unos creen en una gramática general y otros en una cosmovisión particular.

P.- Si en una lengua cada término A tiene su igual A”, sin que nada sobre o falte, los racionalistas tendrían razón puesto que la traducción sería perfecta al existir entonces una lógica universal subyacente a todos los idiomas.

Z.- Quieres decir que el castellano “mesa” sería igual a “table” y ésta lo mismo con respecto a “taula”. Cambian solamente las etiquetas dadas a las cosas.

P.- Pero fíjate en una cosa: el latín “silva” se traduce como “selva” o “bosque”. Y bien: quienes viven en la “selva negra” ¿tienen la misma vivencia que los que viven en un bosque mediterráneo o, más aún, en la selva amazónica? Los vocablos tienen un nimbo diverso en cada lengua, un halo sentimental que hace bueno eso de que el corazón tiene razones que la razón desconoce.

Z.- Luego esa frialdad objetiva únicamente se da en el lenguaje técnico o científico en donde cada palabra tiene su significado concreto, estricto y sólo éste.

P.- Esta es una prueba de que la filosofía, más que una ciencia, es la aspiración a ella, la construcción de un lenguaje universal que sea síntesis de las lenguas naturales. El ser se dice de muchas

maneras y, bajo ese diminuta sílaba, gravita todo el pensamiento de occidente.

Z.- Te has puesto muy trascendental.

P.- Pues volvamos ahora de tejas abajo. En nuestra lengua tenemos “aguafiestas” para expresar lo que los ingleses llaman “killjoy”. ¿Pero son lo mismo? En España una buena parte de las festejos se celebran a finales del verano para celebrar la cosecha. Estas fiestas son al aire libre en el campo y tienen lugar “si el tiempo lo permite”. En cambio la voz inglesa “killjoy” quiere decir “matajuegos” y éstos pueden realizarse también en el interior cuando un país es lluvioso. Hay aquí una experiencia distinta en cada pueblo.

Z.- Pero también habrá vivencias comunes.

P.- Ambas cosas son ciertas. Los árabes invadieron toda la península, pero permanecieron más tiempo en Andalucía que en el norte. Y, por ello, los andaluces usan “aceituna”, de origen musulmán, frente al resto de España que emplea “oliva”, del latín “óleo”. He aquí un mismo hecho histórico que se refleja en la lengua de dos modos distintos.

Z.- Ya sé que “oliva” y “aceituna” son sinónimos, y me hiciste saber, como ahora compruebo, que la sinonimia no es perfecta. Pero se me ocurre una duda: estas son cosas que puedo señalar con el dedo sin hacer ningún empleo de la lengua; pero ¿como podré definir términos abstractos como “libertad”. Para ello debo utilizar palabras que pretenden dar la definición de otras palabras. No salimos de la cárcel lingüística. El conocimiento no puede traspasar el lenguaje si las voces dan sólo razón de otras voces.

P.- La lexicografía, la formación de diccionarios, es una tarea necesariamente imperfecta. Las “de-finiciones” consisten en poner un fin al concepto acotado, delimitado. Expresar todo lo que una cosa es sin añadir ni quitar nada. Sin embargo, las

palabras no son monedas contantes, parcelas independientes separadas por jalones como aparecen en las entradas de los diccionarios. ¿Cómo definir una nación? ¿Debe tener una sola lengua? ¿Tiene que identificarse con un Estado? El escritor francés Renan decía que era un “plebiscito cotidiano”, aquí se ha dicho que es “un proyecto colectivo”. ¿Son éstas definiciones? ¿Existe alguna que satisfaga a todos?

Z.- Veo que es un tema espinoso.

P.- Has señalado que las palabras explican a las palabras y que la única manera de salir de esa burbuja verbal es acudir al recurso de los dedos o, en forma general, al lenguaje de los gestos que sustituyen a las señales sonoras.

Z.- Eso es.

P.- Y bien: algunos gestos, como tocarse los genitales, parecen fundados en la naturaleza y son, por ello, universales; un gesto como tener la boca cerrada y el dedo índice vertical para indicar silencio es un gesto fácilmente comprensible; pero nada tiene de natural. Probablemente es convencional. Ahora bien, veamos el gesto de negar moviendo la cabeza horizontalmente y afirmar haciendo otro tanto pero verticalmente. No se entiende desde un punto de vista natural ni se aprecia tampoco, como en el caso de reclamar silencio, una acción que pueda entenderse. ¿Cómo surge un día dicha gesticulación?

Z.- Es extraño, pero no más que otros. Pero así sea y para no alargarnos veamos sólo este caso.

P.- En primer lugar, debo decirte que, teniendo en cuenta que muchos se lanzan a la piscina sin saber si hay agua, también quiero yo echar mis dados sobre el tapete. Aunque una teoría no sea verificable debe ser verosímil y, cuanto más, mejor.

Z.- Vale, ¡hagan juego, señores!

P.- ¿Qué hace un animal sujeto (entre ellos el cachorro humano) cuando se le pone delante de los ojos un alimento que no quiere comer? Pues sencillamente aparta la boca realizando el movimiento más natural y, por tanto, el menos forzado. Así es como los bebés mueven horizontalmente la cabeza para que la boca no coincida con la cuchara.

Z.- Ya tenemos al niño, o el animal que sea, haciendo un gesto de negación para expresar “no quiero esa comida”. ¿Y la afirmación?

P.- La mayor parte de los animales tienen que bajar la testuz o la cabeza para llevar a la boca el alimento (hasta los más educados les resulta complicado subir la cuchara hasta los labios).

Z.- Te quito la palabra. En su origen la afirmación y la negación tienen un carácter natural, pero con el tiempo vienen a ser la respuesta de: ¿quieres comer? Sí, movimiento vertical; no, movimiento horizontal. Y todo ello como imitación de la conducta de los animales.

P.- Ya en otra fase, la pregunta sobre la alimentación se vacía ampliándose a cualquier otra cosa que se desee o se rechace. El gesto quedaría como el fósil. Observa que los gestos de afirmación y de negación no acompañan a oraciones como “quiero leer” o “no voy a correr”. El gesto es el refuerzo, la afirmación o negación rotunda, de algo que nos toca el corazón, aquello que deseamos, aprobamos o repudiamos.

Z.- Me parece que vuelas con la fantasía.

P.- Tal vez, pero... En Bulgaria tienen un código gestual opuesto al de todo el mundo. Ellos afirman con la cabeza mediante nuestra negación y niegan con nuestra afirmación. Un célebre antropólogo intenta explicar el motivo de esta singular excepción a la regla común. Según este investigador, cuando los búlgaros afirman (lo que para nosotros sería una negación) están queriendo decir algo así como: “te presto mi oído”. Si esto no es cogido por los pelos...

Z.- Curiosa esta costumbre búlgara. Yo supongo que cambiarla sería tan difícil como hacer que los naturales de la “pérfida Albion” se pongan a circular en las carreteras como Dios manda.

P.- Ya que metes a Dios entre las cosas mundanas y venimos de hablar de Bulgaria, te explicaré la historia de una voz arcaica que podrás hallar en alguna obra clásica. Se llama “bujarrón” a los homosexuales debido a una deformación de Bulgaria, considerada hereje por los católicos al tener religión ortodoxa (también en un dialecto suizo se llamará “cretinos” a los cristianos)

Z.- Mala uva y peor yogur.

P.- Es una muestra habitual de la xenofobia, el rechazo al extraño. Y nadie se libra: sudacas, cachupines, maketos, churros, franchutes, cheposos, etc. (curiosamente, nuestros vecinos portugueses, tan melancólicos, salen bien librados de la maledicencia). Todos los extraños, los extranjeros son unos “guiris”, palabra más propia de la guasa amistosa que del insulto infamante. Y ese “guiri” es la pronunciación deformada de los carlistas vascos cuando hacían alusión a los “cristinos”. Los “guiris” están casa.

Z.- ¿Son esas palabras despectivas propias de una jerga?

P.- No, una jerga o «argot» (esa t final ya te revela que es voz foránea) es un lenguaje especial propio de un grupo particular y con el cual se pretende distinguir de los demás hablantes de la misma lengua.

Z.- Es una lengua para los iniciados ¿no?

P.- Habitualmente esas jerigonzas son usadas por la gente joven para marcar distancias respecto de los adultos. Si estos hablan de un *vástago* para los hijos ¿por qué no llamar «tronco» al padre del que sale la rama? Cuando comencé dando clases a adolescentes

me llamaron «pure» el primer día. Al día siguiente les hice escribir una lista de esas voces que nos piden el santo y seña para ingresar en la conversación.

Z.-De ese modo, además de comprenderlos, ¿te metías dentro de su grupo?

P.- No, una cosa es entender y otra participar. Me desagrada el profesor que va de «colegui» y renuncia a su lenguaje para usar los «mola», «guay», «porfi», etc. Esta jerga infantil y juvenil es un mero sarampión que no supone peligro alguno para la lengua común. Solamente afectan a una parte pequeña de la piel. Las jergas cambian constantemente con el tiempo y una palabra como «carroza» se hace propia de los carrozas y de los viejos rockeros que nunca muere.

Z- Pero no son únicamente los jóvenes quienes usan jergas.

P.- Sí, también es propia de los delincuentes, los hampones. En el presidio «estar al loro» significa «escuchar» la radio que informa de las noticias. Y te confieso que no sé si el vocablo «pasmarote» tiene relación con la «pasma» o policía.

Z.- Tienes tiempo para averiguarlo.

P.- No creas que las jergas son cosa de adolescentes y de ladrones. Quevedo se burla de la culta latiniparla, esa jerigonza gongorina cuya finalidad parece ser más esconder que comunicar.

Z.- También están luego los informáticos, con su lenguaje tan incomprensible como el chino.

P.- Los «de letras», y también profesiones que conservan algún residuo de humanismo como es el caso de la medicina, tienen igualmente una terminología propia. Sin embargo, la «densidad» de estos vocablos en el discurso no provocan un sentimiento de «deshumanización».

Z.- ¿Mañana más?

P.- Y ahora alzo mi copa para brindar...

Z.- ¿Pero qué dices?

P.- Nada, ésta era la manera habitual de comenzar los rancieros banquetes decimonónicos.

Z.- Pues los tiempos cambian...

P.- Para no cambiar en su costumbre. Veamos: si un hombre dice al entrar en una sala «buenos días», al salir nadie le dirá «vaya usted con Dios». Esta expresión ha salido también de nuestra atmósfera verbal.

Z.- ¿Quieres decir que «buenos días» es una frase hecha vigente y la «otra» ya está bajo tierra?

P.- No vestimos casaca ni llevamos armadura en nuestros días. Las frases hechas son como los trajes «prêt à porter». Sirven para todos según la talla, pero no están hechos a la medida.

Z.- ¿Y qué opinión te merecen?

P.- En cierto modo, las frases hechas son como sillones que nos permiten descansar unos momentos de la pesada tarea de pensar para hablar, algo siempre preferible a hablar sin pensar.

Z.- Supongo que me dirás eso de que dos son compañía y tres son multitud.

P.- Cierto. Sal, la justa. El hablante debe coger el volante de su discurso para no semejar a un periquito que solo saber repetir

unas frases. Los griegos decían que «de nada en exceso» (claro está que el exceso de moderación no deja de ser un exceso).

Z.- Y de la frase hecha al pensamiento hecho...

P.- Esa podría ser una buena definición del tópico. Éste es una idea vulgar que se toma como original. El lugar común es lo más alejado posible de una sala reservada. O dicho de otro modo: el menú del día frente a comer a la carta. Sería necesario «destopicar» el lenguaje. Pongamos el caso de quienes dicen: «hablar contra las mujeres feministas *no es políticamente correcto*».

Z.- ¿Qué te parece mal?

P.- No me gusta que la lengua se vista siempre con la misma ropa. ¿No podríamos decir que hablar mal de las feministas «no está bien visto»? Y si se pretende darle una mayor amplitud se puede decir que «no está socialmente aceptado»? En cualquier caso, demos un respiro a esa frasecilla tan manoseada. Los oídos lo agradecerán.

Z.- Y ahora para acabar ya, habla un poco del refrán.

P.- Pero sólo a condición de que no me sueltes más esos horribles pareados, y a medias (¿no te parece insufrible, más allá de la política, eso de “el pueblo unido, jamás será vencido”?)

Z.- ¿Es el refranero una parcelas de las frases hechas?

P.- Los refranes son independientes, no precisan estar insertos en una frase determinada. Por otra parte, las frases hechas son la manifestación de la incuria verbal del hablante mientras que el refrán forma parte del acervo de la lengua.

Z.- Y, si esas pequeñas frases sabias condensan en ellas la experiencia popular ¿no será está distinta según las circunstancia de cada uno?



P.- Sí, en aquellos casos donde se da la diferencia. Quienes dicen “en abril, aguas mil” no son los mismos que cantan eso de “nunca llueve en el sur de California?”

Z.- ¿También podemos establecer distinciones fundadas en la biología?

P.- En Venezuela se dice “el cachicamo llama al morrocoy conchudo”. El cachicamo lo conocemos con el nombre de armadillo y el morrocoy es la tortuga de tierra. El sentido es claro: “tú me acusas de algo que tú también tienes, la concha”. Un refrán español, algo similar, sería “dijo la sartén al mando”.

Z.- Además de la climatología y la fauna, la misma lengua impone ciertos refranes.

P.- Decimos “en martes, ni te cases ni te embarques”. En esta afirmación subyace la creencia antigua de que existen días fastos y días nefastos. En éstos últimos no debemos realizar alguna serie de cosas. Ahora bien, ¿por qué precisamente en ese día de la semana en lugar de otro?

Z.- Me parece que así se mantiene la rima asonantada “martes”, “cases”, “embarques”.

P.- Como los refranes son frases fijas que muchos hablantes repiten es útil acudir a la rima para favorecer la memoria. “Quien se fue a Castellón, perdió su sillón”.

Z.- Pero las rimas no se mantienen en distintas lenguas.

P.- Ciertamente, pero a veces se puede expresar la misma idea mediante una rima nueva en otra lengua. Nosotros decimos “*A quien madruga, Dios le ayuda*” y los alemanes “*Morgenstund hat Gold mi Mund*”; es decir, “La hora de la mañana tiene oro en la boca”. “Stund” y “Mund” guardan la rima.

Z.- Has dicho que “A quien madruga, Dios le ayuda”, pero también existe el refrán “No por mucho madrugar amanece más temprano”.

P.- No son mensajes contrarios: uno anima a combatir la indolencia, otro a dejar tiempo al tiempo y que las cosas lleven su turno sin procurar forzarlas de manera imposible.

Z.- Pero me parece a mí que el refranero pone una vela a Dios y otra al diablo.

P.- La realidad es compleja, la experiencia de la vida adquiere muchas formas y, a veces, éstas son opuestas. El refranero no se moja, no se compromete, “juega a ganar”. Cuando dice “hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo”, y alarga el dicho con “y si vuelve a llover, te lo vuelves a poner” ¿qué expresa sino una prudencia segura de vencer pues no arriesga nada?

Z.- Estamos en vacaciones. ¿Puedo hacer ya la vaga?

P.- Te dije que no era un policía que controla sino un guía que desea enamorarte del lenguaje. ¿Lo he cumplido?

Pablo Galindo Arlés  
17 de octubre de 2016